

George Santayana, pensador emergente

Por Daniel Moreno Moreno

PROFESOR DE FILOSOFÍA Y SECRETARIO DE LIMBO. BOLETÍN INTERNACIONAL DE ESTUDIOS
SOBRE SANTAYANA

No resulta fácil ajustar al ritmo de la producción cultural actual la figura de un pensador tan longevo y polifacético —fue poeta, filósofo, novelista y crítico cultural— como Jorge/George Santayana (Madrid, 1863-Roma, 1952). De ahí que en el título destaque el aspecto que mejor recoge la discreta pero continua presencia de Santayana en nuestras librerías. Parece que, una vez superados los enfrentamientos entre bandos filosóficos propios del pasado siglo, emergen ahora pensadores que estaban entonces sumergidos. De hecho, en lo que va de siglo se puede hablar de un creciente rescate de Santayana, especialmente en España.

Baste recordar que en los últimos tres años se han publicado media docena de libros, cualquiera de los cuales es un buen comienzo para adentrarse en el continente-Santayana porque, si el lector se siente atraído por su especial aroma, le seguirá el rastro por el resto de su amplísima obra. Su *oeuvre* incluye, entre otros, libros de poemas, un completo sistema de filosofía —pocos ejemplos más encontramos en el siglo XX—, presentado primero desde la experiencia humana, *La vida de la razón* (5 vols., 1905-6), y luego desde la ontología, *Reinos del ser* (4 vols., 1927-1940), y un magistral testamento político, *Dominationes y potestades* (1951). Deliciosos son sus *Soliloquios* (1922) y sus *Diálogos en el limbo* (1925, 1948), como certera fue su deconstrucción del *Egotismo en la filosofía alemana* (1915). Libros todos ellos disponibles ahora en las librerías. Pero, paradójicamente, su única y mítica novela, *El último puritano* (1935), considerada uno de los mejores modelos de

Bildungsroman, está esperando en algún cajón de alguna editorial a ser publicada.

El lugar de Santayana fuera de nuestras fronteras está asegurado porque, aunque nació en Madrid de padres españoles, se formó en Boston y fue primero alumno y luego profesor en la Universidad de Harvard entre 1892 y 1912, por lo que está considerado uno de los filósofos clásicos norteamericanos, junto a William James, Charles S. Peirce o John Dewey. Eso explica su presencia en Centroeuropa, China o Turquía. En 1912, por cierto, decidió volver a Europa y hacer de la filosofía una forma de vida más que una profesión. Vivió de hotel en hotel y de casa de amigo en casa de amigo, casi siguiendo las estaciones del año, mientras pulía una obra fascinante por su amplitud y profundidad.

De su larga vida pocos resúmenes se pueden hacer que vayan tanto a la esencia como los que hizo él mismo: “Tres son los lazos que ahogan la filosofía: la Iglesia, el tálamo y la cátedra. De la primera escapé en mi juventud; nunca entré en el segundo y, tan pronto como me fue posible, escapé de la tercera”, o: “La filosofía no es un asunto opcional que pueda ocupar al filósofo ocasionalmente. Es su única vida posible, su respuesta diaria ante cualquier cosa. Vive pensando, y su sola emoción perpetua es que este mundo, con él mismo incluido, haya de ser el extraño mundo que es”.

En el último número de *Limbo*, la revista española fundada por Manuel Garrido y dedicada a Santayana —y digo española porque en Estados Unidos se publica también hace años *Overheard in Seville. Bulletin of the Santayana Society*—, el estudioso alemán Till Kinzel llama a Santayana *el último filósofo sistemático*. Esta caracterización se suma a otras que quizá puedan dar pistas al neófito en Santayana. Gustavo Pérez Firmat, por ejemplo, ha dicho de él, para nombrar su carácter híbrido, que fue un filósofo hispano-norteamericano que vivió en ese guion, que une y separa, haciendo de él su morada. *Nómada* ha caracterizado José Beltrán no solo la vida de Santayana sino su propio pensamiento. Siempre habitando los límites, en este caso entre disciplinas, Santayana dedicó uno de sus libros a los poetas filósofos, y él mismo ha sido considerado por Manuel Ruiz Zamora como *poeta filósofo*.

Ediciones recientes

Ensayos filosóficos, edición de Daniel Moreno. Krk, Oviedo, 2021.

El intelecto no está de moda, edición de Santiago Sanz y Misael Ruiz. El animal sospechoso, Barcelona, 2022.

El nacimiento de la razón y otros ensayos, traducción de Núria Parés. Introducción de Vicente Cervera. Oviedo, Krk, 2022.

Una antología del espíritu, edición de Antonio Lastra. Fundación Banco Santander, Madrid, 2023.

La vida de la razón. I. La razón en el sentido común, traducción de Daniel Moreno. Presentación de José Beltrán y Daniel Moreno. Oviedo, Krk, 2023.

*Su visión de la
complejidad lo
convierte hoy
en estrictamente
contemporáneo*

Compléjidad

sofo. Fernando Savater hablaba del *discreto encanto* de Santayana en el sentido de que invita a la conversación ante una taza de té, alejado del dogmatismo, la intolerancia y el fanatismo. *Un hombre al margen, un pensamiento central* se llamó el monográfico sobre Santayana de Archipiélago en 2006; *La lucidez de la razón* fue el título elegido por la revista *Debats* para su monográfico con ocasión del III Congreso Internacional sobre Santayana, que se celebró en València en 2009, organizado por José Beltrán.

Ningún tema, ni humano ni divino, le fue ajeno a Santayana, él aborda todas las cuestiones imaginables y desde *todas* las perspectivas, de modo que evita la parcialidad tan del gusto de la mayoría. Por ello, no es un filósofo fácil de resumir, por más que algunas de sus frases se hayan hecho célebres. Para Santayana lo complejo se ha de abordar desde la complejidad, él no evita ningún tema por conflictivo que sea, aunque suele salir incólume. Por eso es ahora un filósofo estrictamente contemporáneo nuestro, inmersos como estamos en complejidades que nos desbordan. Acaso eso explique que sea un pensador emergente.

La filosofía significó para Santayana lo mismo que para los griegos: autonomía, libertad, desasimiento. Como ellos, cultivó la razón, pero no el dogmatismo, buscó la belleza pero la encontró en lo cotidiano, respetó la ciencia pero no le permitiría ocupar el lugar de la religión, como respetó la religión pero tampoco le permitiría ocupar el lugar de la ciencia. Sus numerosos viajes le confirmaron en su innata intuición: cada persona y cada cultura persiguen lo que persiguen porque lo consideran bueno, pero no se ponen de acuerdo en qué sea lo bueno para todos. Lo cual no significa que sea respetable todo lo que hacen todas las culturas, por supuesto, la nuestra incluida, también llena de sombras.

La lección que Santayana sacó de sus viajes fue, más bien, el rechazo del provin-

cianismo, la denuncia del fanatismo, y la defensa del cosmopolitismo, y de la ironía, de su característico humor entre elegante y cruel. No en vano se le ha comparado a veces con la medio-sonrisa de la *Gioconda*. Porque algo de enigmático tuvo siempre Santayana, no del todo bien comprendido en Harvard, donde el talante de William James era el dominante, ni en Europa.

En cuanto a las fuentes de las que bebió Santayana, hay que decir que fue muy crítico con la filosofía moderna, salvo con Spinoza, y no solo crítico sino mordaz con la filosofía alemana, salvo con Schopenhauer. Él siempre miró a los griegos —y a la teología católica, todo hay que decirlo—. Platón, Aristóteles, Demócrito fueron sus inspiradores. Y de Lucrecio cuenta que siempre llevaba en el bolsillo una edición en latín de su *Sobre la naturaleza de las cosas*, libro del que se aprendió largos pasajes de memoria. Siendo materialista confeso, Santayana supo, no obstante, describir los momentos espirituales como pocos lo han hecho. Para él la razón no es una instancia sobrehumana sino que enraíza en la vida y apunta a la armonía y belleza de intereses en conflicto.

Su punto de vista, que no es de ningún lugar en especial, no es americano, no es europeo, es simplemente humano. Se le puede reconocer ya como filósofo *clásico*, en el sentido de que no ha pasado de moda; volver a leerlo siempre recompensa. Se puede decir, en definitiva, que se han hecho verdaderas sus palabras: «Como pensador, nací en la época equivocada y fui alimentado de un modo equivocado. Confío en que más adelante alguien reviva partes de mi filosofía en circunstancias más favorables».

Valgan estas pinceladas a modo de provocación para leer a George Santayana directamente. Sus libros son todo un placer intelectual que acaso tengan solo un inconveniente relativo: que vuelven exquisito y exigente el paladar. •

